

EL ROBOT DEL AMOR AL PROJIMO

por PETER BAMB

Con el tiempo consiguieron mis colaboradores convertir incluso la más misera y rústica choza rusa de la estepa en un aceptable espacio para operaciones. Se encontraba uno, sin embargo, bien pobre y lamentablemente, a pesar de la habilidad y las dotes de improvisación de que dispone el hombre sencillo. Una gran dificultad era siempre el oscurecer la choza. Ciertamente sólo hacia el final de la guerra fue verdaderamente peligrosa la fuerza aérea rusa. Pero cada noche los rusos hacían revolotear sobre el terreno un viejo y cansado pájaro que de vez en cuando arrojaba por algún sitio una pequeña bomba. Nuestros hombres llamaban a este pájaro nocturno "la máquina de coser". Recurríamos contra la máquina de coser al ardid del bastidor de ruidos. El hornillo de bencina para la esterilización y el motor, con que después conseguimos alumbrado para las operaciones, eran lo suficientemente ruidosos para apagar el rumor del avión.

El oscurecimiento para la entrada y la salida, cuya puerta daba a campo abierto casi siempre, fue logrado con una especie de compuerta hecha con mantas de caballos, que naturalmente tenían que ser lo suficientemente grandes para dos sanitarios con camilla.

Como siempre trabajábamos con luz artificial, no se borra de mi memoria la impresión de que operábamos siempre de noche. A veces salía uno al aire libre para respirar un poco de aire puro librándose de la atmósfera de aquella cueva saturada del olor a sudor, sangre, éter y bencina. Se quedaba uno siempre perplejo al ver brillar el sol si el tiempo estaba despejado.

Por lo común al terminar una operación y las diestras manos de mis ayudantes procedían a vendar al herido, se encorbaba el cirujano, sentado en un pequeño cajón, con la espalda apoyada en la pared para aliviar un poco los desfallecidos riñones. Fumaba un cigarrillo. Por razón de la asepsia los cigarrillos se guardaban en un recipiente esterilizado para hervir pinzas. Un sanitario estaba junto a él y le daba a beber café como a un niño. Para no tener que lavarse cada vez nuevamente las manos, el cirujano no debía tocar la taza.

Después era colocado el herido en una camilla. Exigía esto una gran destreza. Al hacerlo no se deben causar dolores al paciente. Estaba esto a cargo de dos camilleros de gran experiencia, que debían moverse a un ritmo exactamente igual. Teníamos en el grupo al sargento Maier. Había sido dueño en el oeste de Berlín de una tienda que marchaba bien y no tenía la menor idea de que poseía un gran talento para la medicina. Era un maestro del vendaje. Sobre todo si había que vendar con escayola. Era un hombre grande, fuerte, de

inconmovible ecuanimidad. Y un magnífico futbolista. Encima era de una adhesión verdaderamente conmovedora. Una vez que al volver de un permiso se le detuvo por una columna en marcha y fue a parar a otro grupo de tropas, desertó sencillamente para volver donde nosotros. Al hacerlo fue lo bastante astuto como para birlar sus papeles, en la confusión, del escritorio del grupo y guardárselos. El apellido Maier fue aquí una gran ventaja.

El sargento Maier se sostenía como una roca... horas enteras, días enteros. Nunca le he visto cansado. Eran tan forzudo, que podía, él solo, trasladar a un herido de la mesa de operaciones a la camilla. Aún le veo ante mis ojos, aún veo cómo lo hacía, enérgico, rápido, fuerte, y con una singular, casi graciosa suavidad. Le llamábamos el Robot del amor al prójimo.

Luego el caporal distinguido Kubanke —y esto pertenecía a sus tareas fijas— empaquetaba el casco, la máscara de gas y la bolsa de pan del herido, y lo colocaba, muy bien acondicionado, en la camilla. Mis ayudantes hacían generalmente una broma, cuando el estado del paciente lo permitía: "Saludos a tu novia de nuestra parte y escribenos alguna vez una tarjeta postal cuando estés en Berlín". Cuando el paciente era sacado en su camilla —tal vez salvado, en todo caso atendido— ponía el cirujano en él una última mirada. ¡Raras veces volvía a verle!

Al cabo de un rato era introducido el próximo. Y así hora tras hora, día tras día, año tras año. Era una correa transmisora del destino que transportaba lo averiado de la batalla al taller de reparación para hombres. Naturalmente no sentíamos ninguna compasión. No sólo porque no nos lo podíamos permitir... ¡hubiéramos quedado pronto agotados e inservibles para nuestra tarea! La compasión es el sentimiento natural del lego, que no tiene otro apremio. Para nosotros era cada herido una tarea. Sin embargo, el esfuerzo no era aquí de carácter físico. Operar es, ciertamente, una actividad que exige, no sólo destreza: exige también considerables fuerzas físicas. Pero el verdadero esfuerzo residía en el hecho de que el herido significa el requerimiento de que la tarea que su caso supone sea resuelta del mejor modo. Desde tal punto de vista el centésimo pedía de nosotros tanto como el primero. Cada uno de ellos era un ser humano. A la exigencia de esta tarea a veces no podíamos responder debidamente.

De la vida de estos hombres no sabíamos nada. Para preguntarles no teníamos tiempo. Siempre había tendidos allí fuera algunos que esperaban ser colocados sobre la mesa de operaciones. Y siempre podía llegar un nuevo transporte con

casos de supremo peligro que uno no podía hacer esperar. ¿Tenía este hombre una esposa angustiada por él? ¿Era el otro un artista que aún tenía que ofrecer algo al mundo? ¿Se trataba de un miserable del que podríamos decir que no importaba nada? Cada uno de ellos era un ser humano y necesitaba nuestra ayuda. No teníamos tiempo para ser compasivos. Una y otra vez se encorva el cirujano sobre su cajón. El herido, para poder ser tratado, necesitaba antes ser despojado de sus ropas.

Se hacía esto, cuando su condición lo exigía, con la gran tijera destinada a tal maniobra. En posterior curso de la guerra llegó la orden de evitar, en lo posible, cortar las botas. Que los heridos quedarían expuestos a más fuertes dolores, no fue considerado explícitamente. Finalmente se mandó que se despojara de las botas a los muertos para enterrarlos. Los monumentos para los soldados caídos no son nunca demasiado caros. La dignidad de la muerte en el campo de batalla, en esta guerra ni siquiera valía un par de botas.

La faena de despojar de sus ropas a los heridos era desempeñada por el sargento Maier también con su estilo peculiar, todo virilidad y amor al mismo tiempo: siempre con rapidez y energía. Al hacerlo tenía una inimitable manera de hacer chistosas y rudas observaciones, que cabalmente por su rudeza transmitían al herido la tranquilizadora sensación de que lo suyo no debía ser tan grave.

¡Qué valientes eran los heridos! ¡Qué rara vez se les oía una reprimida queja de dolor! Acaso sea un consuelo sentirse rodeado de viriles, diestras y fuertes manos de hombres prontos a ayudar. El ser humano, libre de la terrible soledad del campo de batalla y de su miedo de sentirse perdido, podía izar nuevamente, en el mástil de los restos de su naufragio, la desgarrada bandera de la esperanza.

El ayudante de la operación ordena los instrumentos que acaban de ser hervidos. El anestésista coloca debidamente la máscara. El internista examina al herido por si es necesaria, por ejemplo, una transfusión de sangre. El cirujano se pone en pie y el ayudante de la operación le facilita la maniobra de enfundar los guantes de goma, espolvoreados con desinfectante en su interior. Se los mete con un movimiento de rotación, primero el derecho, después el izquierdo. Luego los ajusta bien. El herido ve todo esto. ¿Cómo se sentirá al verlo? Todos estos hombres, con sus delantales de goma, parecen carniceros. Tampoco sabe el herido todavía quien de ellos es el cirujano, el hombre que "en sus manos" tiene su vida.

El cirujano pone su mirada en el herido.

"¿Cuántos años tienes?"

"¿Dónde fuiste herido?"

No hay tiempo para charlar mucho. Pueden decirse un par de palabras amables todo lo más. Pero en el fondo no se debe perder la apariencia de quien merece confianza.

Se quitan las vendas. La herida es examinada.

El diagnóstico es, a veces, fácil. La entrada y salida de la bala se comprueban en la forma de los bordes de la herida.

Ciertamente los proyectiles no suelen atravesar el cuerpo en línea recta. Suele ocurrir generalmente en los disparos desde cerca, muy rasantes, de la infantería. Pero tampoco esto es seguro. A veces hacen los proyectiles increíbles caminos en el cuerpo. Recuerdo a un hombre que tenía un claro tiro de infantería en medio de la frente y la bala le salió por la nuca. En realidad debía haber muerto. No le pasó nada, sin embargo, la bala pasó bajo la piel de los huesos del cerebro, lo que físicamente constituye una broma de improbabilidad no calculable. Al comprobarse esta broma física hubo una gran risa general, en la que, para mi alivio, participó el herido. Donde se comprueban salida y entrada de bala puede calcularse aproximadamente qué órganos han sido afectados.

Más difícil es el caso de la bala que se queda dentro. Se procura concluir de la dirección de entrada del tiro donde puede haber ido a parar la bala. ¿Pero a qué profundidad? El uso de la sonda de metal ha sido vedado por motivos que me son desconocidos. He recurrido a este método, sin embargo, con frecuencia, cuando se acertaba a tocar con la sonda, en la profundidad, el trozo de metal, había siempre una sonrisa en todo el equipo por este feliz instante quirúrgico. Ciertamente ocurre esto sólo rara vez, menos a menudo de lo que pudiera creerse. Tratándose de las extremidades era sencillo. Se abría la herida. Aun así no siempre se encontraba el proyectil, pero se podía, por lo menos, dar a la herida el tratamiento requerido. Los ayudantes del grupo de operación, que seguían el proceso del reconocimiento con silenciosa atención, llegaron con el tiempo a ser ellos mismos magníficos expertos del diagnóstico.

A menudo, ciertamente, bastaba una simple mirada al miembro destrozado para indicar claramente que la amputación era inevitable.

Realmente difícil era la decisión sobre los casos-límite. Se presentaban éstos cuando se trataba de grandes heridas en las extremidades. ¿Conservar o amputar? Era el problema que el cirujano debía decidir. Eran los casos más difíciles las heridas en la región abdominal, en el tórax, en la espalda y en el cuello. Aquí fallaba el sondaje. Debía recurrirse a todo el gran aparato del diagnóstico.

"Establecer un diagnóstico" es un muy peculiar proceso. Por lo pronto registra el cirujano todos los síntomas que parecen evidentes: entrada y salida del proyectil, expresión del rostro, sensibilidad al dolor, tensión del peritoneo, perturbaciones de la respiración, etc. Logra llegar así el cirujano a un diagnóstico presuntivo. Busca luego los síntomas que deben presentarse además cuando su diagnóstico presuntivo es acertado. De este mosaico de los síntomas obtiene su diagnóstico. Deberá tener presente todo el horizonte de las posibilidades y una de ellas deberá elegir. La atención que para ello se requiere debe ser de gran concentración y deberá tener en cuenta, al mismo tiempo, toda la esfera del saber quirúrgico, como un radar, diríase, que busca un aviador en la estratosfera. Hacer esto en estado de fatiga física, veinte veces en una noche, es la cabal significación del

verdadero esfuerzo que supone la cirugía de la guerra. Ante nada debe retroceder el cirujano. Debe actuar inmediatamente. Minutos después se encontrará con el escalpelo de su propio error. Este error puede costar la vida de un valiente que ni siquiera podía elegir el médico que le inspira confianza.

He aquí la gloria y la miseria del diagnóstico.

Con cuánta gratitud he recordado la severa disciplina del viejo maestro, con el que he aprendido el oficio de la cirugía, en esta misera choza de barro perdida en la vastedad de la estepa rusa. El nos enseñó también que el cirujano debe tener el valor de darle el tajo al nudo gordiano: que no debe temblar ante sus propios errores.

“¡Anestesia, bitte! Vamos a empezar”.

SE CREA PREMIO NACIONAL DE CIENCIAS

Por cuanto el Congreso Nacional ha tenido a bien prestar su aprobación al siguiente

Proyecto de ley

Artículo 1° Créase el Premio Nacional de Ciencia que consiste en una recompensa equivalente a E° 20.000 (veinte mil estudios).

El premio en referencia se otorgará anualmente, alternándose en las diversas áreas del conocimiento científico del Hombre o de la Naturaleza, de conformidad con lo que señale el reglamento.

Artículo 2° El Premio Nacional de Ciencia se concederá al científico o equipo de científicos chilenos cuya obra en el campo de las ciencias puras o aplicadas se haga acreedora a tal distinción.

Artículo 3° El Premio Nacional de Ciencia será concedido por un jurado compuesto por las siguientes personas: El Presidente de la Comisión Nacional de Investigación Científica y Tecnológica, que lo presidirá; un científico en representación del Ministro de Educación Pública; un científico en representación del Rector de la Universidad de Chile; un representante del Instituto de Chile, y un representante de las Sociedades Científicas del área de la Ciencia a la que corresponda el premio.

Las designaciones de las personas que integran los jurados a que se refieren los incisos precedentes se harán cada vez que corresponda a éstos reunirse.

El Presidente de la República determinará en el Reglamento que deberá dictar para la aplicación de la presente ley, la forma de elección de los representantes de las sociedades que compondrán estos jurados y la de la concesión de los premios.

Artículo 4° Auméntase a veinte mil escudos el monto de cada una de las siguientes recompensas: del Premio Nacional de Literatura, creado por la ley N° 7.368 y modificadas por las leyes N°s. 11.479 y 13.363; del Premio Nacional de Arte, creado por la ley N° 7.368 y modificada por las leyes N°s. 11.479 y 15.600 y del Premio Nacional de Periodismo, creado por la ley N° 11.479 y modificada por la ley número 15.600

Artículo 5° La Ley de Presupuestos de la Nación deberá consultar cada año, en el Presupuesto Corriente de la Secretaría y Administración General del Ministerio de Educación Pública, los recursos necesarios para cubrir los gastos que demande la aplicación de la presente ley.

Esta ley empezará a regir el 1° de enero de 1968.

Artículo 6° Créase una Corporación Autónoma con personalidad jurídica de derecho público y domiciliada en Santiago, denominada Comisión Nacional de Investigación Científica y Tecnológica, destinada a asesorar al Presidente de la República en el planeamiento, fomento y desarrollo de las investigaciones en el campo de las ciencias puras y aplicadas.

La Comisión Nacional de Investigación Científica y Tecnológica se relacionará con el Gobierno a través del Ministro de Educación Pública.

Artículo 7° Formarán el patrimonio de la Comisión:

- a Los fondos que le asignen el Presupuesto de la Nación y leyes especiales;
- b Las donaciones, aportes, herencias y legados con que se le beneficie, y
- c Las rentas propias.

Artículo 8° El Presidente de la República, dentro del plazo de un año contado desde la publicación de esta ley, dictará el Estatuto Orgánico de la Comisión Nacional de Investigación Científica y Tecnológica.

Artículo transitorio Mientras entra en vigencia el Estatuto de la Comisión Nacional de Investigación Científica y Tecnológica, la citada Comisión continuará funcionando en la calidad jurídica y con las modalidades establecidas en el decreto supremo N° 13.123 de 10 de diciembre de 1966, expedido por el Ministerio de Educación Pública.

Y por cuanto he tenido a bien aprobarlo y sancionarlo; por tanto, promúlguese y llévese a efecto como ley de la República.

Santiago, veinticuatro de enero de mil novecientos sesenta y ocho — *Eduardo Frei Montalva* — Juan Gómez Millas — Sergio Molina.